

Phil Camino

Diez lunas blancas



«¿Por qué has tenido tantos hijos?», le pregunta una desconocida a la autora una mañana en la puerta del colegio. «Porque me gustan los niños, porque vengo de una familia numerosa», responde ella. Pero la respuesta no la satisface, y cuando llega a casa las palabras de la desconocida siguen revoloteando en su cabeza. «¿Qué es ser madre?», se pregunta entonces. Segura solo de que haber tenido cinco hijos es una de las pocas cosas de su vida que no puede cambiar y dispuesta a desmontar los tópicos que adornan la maternidad, Phil Camino emprende un viaje valiente, insólito, conmovedor, beligerante y cómico –sí, todos esos calificativos a la vez y otros muchos que descubrirá el lector– para explorar esa condición irremediable, y para liberar el dolor de la muerte de una hija. Mezcla de diario, cuaderno de viaje y confesión, «Diez lunas blancas» nos ofrece una visión franca e inesperada de la maternidad, delicadamente entrelazada con el relato de cómo la ausencia puede ser un destino en el que es posible encontrar refugio.

Avec l'amour maternel, la vie vous fait à l'aube une promesse qu'elle ne tient jamais. On est obligé ensuite de manger froid jusqu'à la fin de ses jours.

Romain Gary, *La promesse de l'aube*

A mis hijos.
Y a su padre, mi amante y mi mejor amigo, que
me acompaña en esto y en todo.

AGRADECIMIENTOS

A Clara Pastor, porque lanzar al mundo este texto no era lo obvio. Y ella lo hizo.

A Isabel Pauta, ella sabe de sobra por qué.

A los que leyeron las distintas versiones de estas lunas y me pidieron más o me animaron a publicarlas.

Escribí la mayor parte de esta especie de diario, o confesión, o comoquiera que se deban catalogar estas líneas, el año que viví en Nueva York. Cuando comencé a redactarlo no imaginaba cuánto amaría esta ciudad. Solo lo sospechaba y seguramente lo deseaba para justificar el esfuerzo de desplazar a una familia numerosa: visados, nuevos colegios, búsqueda de casa...

Ahora, y pasado el tiempo, ese que todo lo calibra, empiezo a comprender cuánto significó Nueva York para mí. Llegué a la ciudad con la intención de escribir, ¿qué?, no lo sabía. Pero una mañana, al poco de desembarcar, una desconocida me hizo una pregunta en la puerta del colegio: «¿Por qué tuviste tantos hijos?».

Le contesté algo banal: «Porque me gustan los niños, porque vengo de una familia numerosa». Sin embargo, la pregunta se quedó revoloteando en mi cabeza. Quizás porque intuía que aquella desconocida, que es hoy mi amiga, esperaba una respuesta menos obvia. O quizás no esperara nada y su curiosidad fuera en realidad un mero trámite de cortesía, como quien pregunta por el tiempo. Pero lo cierto es que cuando las preguntas nos llegan de forma inesperada, o desde el maravilloso punto cero de una amistad, sin interferencias y prejuicios, es cuando se prestan a una respuesta completamente mentirosa o completamente sincera.

Volví a casa caminando por la Segunda Avenida, rumiando esas preguntas aparentemente fáciles de contestar, y cuyo soniquete me impedía poner mis sentidos al servicio de la rutina de las calles y sus moradores, que a

esas horas, en la fresca mañana de finales de verano, baten como cada día el asfalto con sus tormentos e ilusiones.

Llegué a casa y me puse a escribir. Esto.

Claro que no hace falta irse a Nueva York para contestar a una pregunta como la que me hizo aquella desconocida; ni a ninguna otra salvo que sea del tipo: «¿A qué huele el humo de la alcantarilla de la calle 58 con la Sexta Avenida a las tres de la mañana?». Lo que hace falta para contestar a algo así es marchar al exilio, al silencio, a donde faltan/fallan las agarraderas de la costumbre. Y Nueva York fue para mí ese exilio emocional. Desde la gigantesca ventana de nuestro piso alquilado bajo el puente de Queensboro, podía contemplar la vida de los otros como en una película, era como si todas esas figuras solo vivieran para mí; puñados de biografías ambulantes que desfilaban bajo mi ventana para que yo pudiera escribir. Y aquella mañana, a mi mirada de depredadora en busca de una historia, se le sobrepuso, sin remedio, la pregunta de la desconocida: «¿Por qué has tenido tantos hijos?» (¿son cinco «tantos hijos»?).

Podría haber contestado tirando de clichés, sofisticando en todo caso los numerosos relatos relamidos y manoseados con los que hemos emperifollado la maternidad y, de paso, endiosado el papel de las madres. O podía tratar de ser sincera, lo cual siempre me ha resultado difícil. Supongo que hay en estas líneas un poco de estas cosas: clichés que pretenden no serlo, y verdades a medias porque de la mentira no se escapa, o no del todo, esta siempre dicta su ley, camuflada por pudores fosilizados o revestida por brillantes promesas de verdad y de honestidad.

En Nueva York, en esa ciudad-delirio, ruidosa, que siempre me ha recordado a la *USS Enterprise* –la gran nave sideral en donde conviven las razas de toda la Confederación Intergaláctica–, supe replegarme como un lirón sobre mi memoria y bucear en las entrañas. De aquella doble inmersión nació este relato íntimo, tejido en los re-

covecos del silencio y también del dolor, pues la muerte de mi hija, relegada durante años a una pulcra amnesia, regresó por la puerta grande y esta vez no pude escapar de ella sino a través de la escritura. Este es el relato más íntimo que haya escrito jamás, y todo para dar respuesta a un asunto al que aún hoy sigo dando vueltas.

¿Qué es ser madre?

Ser madre es haber parido a una criatura y es querer a esa criatura salida de las entrañas. Y aquí podrían terminarse estas líneas.

A saber qué porcentaje de la humanidad se conformaría con esta respuesta. Yo no. No me valen ciertas generalidades que todos deberíamos echar de nuestra vida con un buen puntapié, o en todo caso tener el cuajo de asumir con dignidad y resignación. Además, hay madres que no han parido ni lo harán: primer escollo; y porque la vida tiene accidentes y atrocidades, hay madres que se comen a sus hijos, como hizo mi hámster delante de mí cuando yo era una niña.

Soy madre significa que soy yo y mis hijos. *Yoymishijos*, para siempre, me guste o no me guste. Y bien pensado, esto es enorme. Puedo cambiar casi todo en mi vida: a mis amistades, a mi marido, de ropa, de nacionalidad, mi dieta. Pero hay muy pocas cosas que no puedo cambiar: mi edad, el hecho de que soy hija de mis padres —y lo que eso supone: ser hermana de, sobrina de,...—, y que soy madre.

Así que ser madre no es solo parir y querer, y aunque parezca raro, tampoco tiene que ver solamente con los hijos. Si algo me han enseñado veinte años de maternidad es que ser madre tiene que ver, y mucho, con comprender qué clase de mujer soy, o quiero ser, o me gustaría ser.

Si ser mujer es condición para ser madre, ser madre no es una consecuencia de la misma condición. Y esto es importante. Asumimos con un pésame callado que hay mujeres que no son madres porque la naturaleza les fabricó

un útero ingrato, pero nos cuesta comprender que también las hay que no quieren serlo porque no necesitan repetir el patrón ancestral; no, no precisan un cuerpo salido de sus cuerpos para sentirse plenas. Ninguna de ellas es menos mujer por estos *accidentes*, ni necesariamente más infeliz que yo que he parido cinco veces.

Y sin embargo, nos intoxicamos con nuestras frases prefabricadas: «Pobrecilla, es que no ha tenido hijos». Frases heredadas tras siglos de obedecer a esa dictadura humano-divina que ha fraguado el mito de la maternidad como Tierra Prometida. Terriblemente hermosa esa idea de encerrar a las mujeres y a su prole en un gineceo de culpa que ha inspirado a los poetas dramas tan tristes y bellos como es el de Yerma.

El primer gran cliché de la maternidad es ese que dice que una mujer, por ser madre, es más completa y feliz, o es mejor persona, o más generosa; son cosas que adornan con primor las puntillas del faldón y quedan divinas con el terciopelo del pijamita. Pero son falsas. El *summum* de la estupidez de los clichés, porque todos conocemos a madres dignas de ser encarceladas y a mujeres estériles que son ángeles. Es una trampa. Un hijo no es un escudo contra la propia maldad, o contra el egoísmo. Cinco hijos tampoco. Ojalá.

No soy mejor por ser madre, luego no he sido madre para ser mejor mujer, pero puede que sea mejor madre si intento ser mejor mujer. La maternidad tiene mucho que ver con este trabalenguas, y Nueva York me entregó el kit de supervivencia que me hacía falta para salir a desenmarañarlo: la linterna, el casco y la paga al final del día que fueron las palabras.

Dicen que diez lunas blancas son necesarias para que brille la luz de un nuevo hijo.

Pero ¿cuántas lunas hacen falta para que una mujer se sienta madre? No sé si hay una respuesta o si esta sigue siendo tan misteriosa como lo es la del origen del universo.

Supongo que cada madre tiene la suya.

Yo recuerdo bien aquella *extraña sensación*. La *extraña sensación* de tener que decir «voy a tener un hijo», porque lo de «voy a ser madre» yo tardé en pronunciarlo. Una no es madre por una marca en el Predictor y una sonrisa enigmática que ha aguardado todo el día a ser lanzada con nervios al hombre que será el padre de la criatura. Tampoco me sentí madre tras aquella primera visita al médico. Pero *la extraña sensación* ya estaba ahí. Como el prelude de un verano a los dieciséis. Recuerdo el punto blanco en medio de las sombras, flotando como una medusa en la profundidad del océano, diciéndome que ahí, en esa cavidad que era mi vientre, había vida. Aunque no hubiera rostro ni latido de corazón, me llevaba la mano a la tripa y comenzaba a imaginar cómo sería la cara del niño o de la niña, de mi hijo o de mi hija, a los que nunca pregunté si querían venir al mundo, pero es que ¿acaso al poeta se le pregunta si quiere ser poeta?

No sé cuándo se hace madre una madre, pero madres que lloráis al que no nació, sabed que no lloráis al embrión, esa palabra tan fea, sino al hijo que tenía que haber venido, al que habrías amamantado, al que habrías curado con agua oxigenada un raspón en la rodilla.

Lo sé bien porque lloré a mi hija Jimena antes de que naciera. Y fui más madre que nunca las diez lunas que vivió dentro de mí. Y aunque nos separen dos metros de tierra y un ataúd blanco, sigue siendo mi hija. Y yo su madre.

Las mujeres nos embarazamos y los hombres no. Es así.

La panza, la tripa, el útero, los ovarios o el cordón umbilical son las palabras que contienen la diferencia ancestral en ese juego de la *différence*. No hay otra cosa. De momento. Y son muchos siglos los que llevamos en ese: *de momento*. Pero no echamos la culpa a la madre naturaleza por esa inevitabilidad, preferimos maltratarnos unos a otros (y sobre todo unos a otras). Nos maltratamos porque aceptar las cosas es dar una batalla por perdida y a veces parecemos los Giants a punto de salir al estadio al grito de: «¡¡¡Aquí hemos venido a ganar!!! ¡¡¡UUUUHHHH!!!!».

Si no hubiera habido *Big Bang* y si la Tierra fuera plana, quizás yo hubiera posado mi mano sobre el vientre del padre de mis hijos, como él la posaba sobre el mío para acariciar al niño que abrigaba mi piel.

Serían, sería... Los condicionales sirven también para recordarnos que algunas cosas fueron y siguen siendo de una manera. Aunque moleste. Aunque unos lleven en su ADN a un ejército de alborotadores.

Pero por mucho que metamos a los hombres en el embarazo, es coto de mujeres (y eso no quiere decir que lo sea el hijo, eso no tiene nada que ver).

Mía y solo mía fue esa mezcla de cosas raras: que si los estados de humor, que si el cansancio, que si me agotas, te adoro, ven y déjame en paz... Si nos han endosado la histeria y la fragilidad a las mujeres, algo de culpa ha tenido ese baile de emociones, mezcladas y agitadas, gracias.

Madres zombis y padres funambulistas.

Recuerdo que los tres primeros meses de mis preñeces el aire puro parecía empeñado en desertar del planeta, vi-

vía atrapada en una nube de azufre, como si no me hubiera apeado de las curvas del Puerto del Escudo de mi niñez, que subíamos para llegar a Cantabria, ¿subir si íbamos al mar!?... Y luego aquella bajada, pero a los infiernos, como si al mismo diablo le hubieran encargado vaciarme el estómago a golpe de tridente, o al ritmo de ese asqueroso *ritornello*: «Mamá, voy a vomitar». «¿Otra veeeee?».

Ahora que en Nueva York me he vuelto adicta al jengibre, he sabido que quita las náuseas. Si fuera animal habría buscado la preciosa raíz entre la maleza, igual que las vacas buscan la vincapervinca para limpiarse de tumores.

En casa se cuenta que una de mis tías comía durante sus preñeces bolas de alcanfor y que otra chupaba la cal de las paredes como los burros y los caballos, o como si fuera el personaje de una novela de García Márquez; pero ella no es ni lo uno ni lo otro, y doy fe de que mis primas no nacieron más blancas de lo que ya se estila de por sí en la familia, ni son rancias o apergaminadas. Tampoco yo fui relamiendo las paredes de mi pueblo que son de cal, ni suplí tardes de pipas por tardes de alcanfor. Comí pepinillos en vinagre y mis hijos, menos mal, no tienen el carácter avinagrado. Y por culpa de ciertos olores me purgué como las vacas o como mis perros. Nada grave.

En realidad, deberíamos purgarnos más a menudo.

Los hijos nacen de la más profunda de nuestras respiraciones; no es un accidente o una casualidad, más bien creo que es un plan perfecto trazado por la Madre Naturaleza que nos enseña cuál es la única manera de comenzar a amar a nuestras criaturas: desde las entrañas y con el alma que necesita del aire para ser alma.

Nace un niño y ya no puede no haber nacido, igual que cuando una mujer ha sacado de sí a una criatura ya no puede no ser madre, aunque le pese. Heme aquí, soy tu madre. *Heme aquí* que no necesita ni siquiera ser dicho. *Heme aquí* que se hace verdad en la piel, en el olor, en media pupila que se dilata, lista para recoger todos los rayos de luz de ese nuevo ser que nos ha llegado. Al que llegamos.

Dice un poeta con síndrome de Asperger que el 5 es un número con sentimientos o colores, pero para mí son las veces que con amor y con miedo he posado en mi regazo al hijo que mi cuerpo ha expulsado y he dicho: soy tu madre. *Heme aquí*, y aunque en ese momento he sido *la madre de ese niño que nace*, no me siento madre cinco veces. Soy un solo cuerpo de madre capaz de partirse en cinco sin que medie la matemática, capaz de dar cinco veces lo mismo de sí a pesar de la división.

Se llama amor de madre, un sentimiento que se ha ido tejiendo a lo largo de una suma gigantesca de siglos en cada chaquetita, o en cada labor de besos. Amor de madre, un nombre bien bonito, pero otra de esas generalidades que nos ayudan a estar, igual que unos zapatos cómodos nos ayudan a caminar. Y ya he dicho que me niego a querer a mis hijos según generalidades, por ciertas y her-